

Apropiación del espacio

Víctor Manuel Ortiz

Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

Un espacio no habitado, por hermoso que sea, es sólo un huacal. La arquitectura es como un escenario que no puede ser interpretado, leído cabalmente, sin la presencia de los actores. Los edificios son también los objetos que contienen y los rituales con los que se vive. Lo experimentado, lo recordado, lo soñado, y hasta el pasado, forman parte de la trama vivencial tanto como los ladrillos y las piedras. Transformamos el tiempo y el espacio a través de la imaginación y nuestros sueños en la forma específica de ser humanos: generamos, de esta manera, el mundo de las posibilidades y de los significados.

Palabras clave: Querencia / Centro / Vivencia / Memoria / Atmósfera / Nostalgia.

It doesn't matter how beautiful it is, an inhabited space is just a crate. Architecture is like a stage: it that cannot be understood, read thoroughly, without the actors. The buildings are also the objects that they contain and the rituals with which they are lived each day. Experiences, memories, dreams, and even the past, are as much part of the plot as are the bricks and stones of a building. We transform time and space through our imagination and dreams in a very human way; thus creating a world of possibilities and meanings.

Keywords: *Homing / Center / Experience / Memory / Atmosphere / Nostalgia.*

INTRODUCCIÓN

*Abro la puerta,
vuelvo a la misericordia de la casa [...]
Alí Chumacero, Monólogo del viudo.*

La poeta mexicana Pita Amor publicó, en 1957, un libro que se llama *Yo soy mi casa*. El título es harto elocuente; tanto que no encuentro otra idea mejor para iniciar este breve texto sobre la relación que ocurre entre el habitante y el espacio habitado. Para especular acerca de cómo es que nos apropiamos del espacio en que vivimos. Se trata, en mi opinión, de una relación tan intensa, como la que sucede entre el escenario y los actores en una obra de teatro, o en la ópera. Pita, hija de una rancia familia porfiriana venida a menos, nace en mayo de 1917, cuando, luego de la Revolución, ya se les habían esfumado el dinero, las haciendas, la cuadra de caballos. Sólo quedaba una enorme casa en la colonia Juárez, Abraham González 66, la cocinera y el mozo. Y la nostalgia. Es desde esa casa, con la perspectiva de la *saudade*,¹ que ella describe el edificio como un universo completo y apasionante. Componentes de la casa, aparentemente intrascendentes, se vuelven, en las páginas del libro, escenarios protagónicos donde transcurre la vida cotidiana, con todos sus claroscuros e intensidades. Un pasillo, el jardín, las azoteas, el saloncito, el baño de las criadas, la despensa, y hasta el cesto de la ropa sucia son tan importantes para entender la relación íntima que se vive con la

1. *Saudade* (del portugués *saudade*) es un vocablo de difícil definición incorporado al español, empleado en portugués y también en lengua gallega que expresa un sentimiento afectivo primario, próximo a la melancolía, estimulado por la distancia temporal o espacial a algo amado y que implica el deseo de resolver esa distancia.



casa, como la recámara de su padre, la biblioteca, la cocina o su propio cuarto. Escribe, por ejemplo: “Mis lágrimas y mis goces quedaron en el cesto de la ropa sucia, en el *den*, en el cuarto de los trebejos, en el cuarto mágico y hasta en la barda”. Y luego un poema de ella, en que también habla de la relación de su cuerpo con el espacio que habita; en este caso ya no la casona, sino un departamento de la calle Río Duero donde vive sola, aunque deambula por la madrugada y se declara *La reina de la noche*. Como en el teatro, repito, como en la ópera, incluso como en el cine y la televisión, ocurre una correspondencia entre el estilo de la arquitectura, la atmósfera y los ropajes del personaje. La *puesta en escena* atiende al efecto fenomenológico del conjunto, que incluye a los actores y a su caracterización. Hay, de plano, una coreografía. Se nota claramente en la fotografía de sus últimos años, ya *Reina de la noche* (Figura 1):

El original del poema lo escribió, desde su cama, en la bolsa del pan y con el lápiz de las cejas:

*Ventana de un cuarto, abierta
cuánto aire por ella entraba.
Y yo que en el cuarto estaba,
a pesar que aire tenía,
de asfixia casi moría:
que este aire no me bastaba,
porque en mi mente llevaba
la congoja y la aflicción
de saber que me faltaba
la ventana en mi razón.*

Don Alfonso Reyes, como sabemos, nació en Monterrey, usando pañales de seda, como hijo del gobernador, el general Bernardo Reyes. Él mismo lo relata:

Yo, Alfonso Reyes Ochoa, nací cerca de las 9 de la noche del 17 de mayo de 1889, el día de San Pascual Bailón, patrono de los cocineros, en la casa de la calle Bolívar N° 7, frente a la plazuela del mismo nombre, y creo en la mejor época del año, cuando la plazuela respiraba música a todos pulmones y durante el día se oían los pregones de los dulceros, el arrullo incansable de las tórtolas y en las afueras de Monterrey, por la casa menor, los tiros de los cazadores.²

Y en los siguientes años, que fueron los de su niñez, habitó, en esa ciudad, otras dos casas, que lo marcaron para siempre, a pesar de que fue un trotamundos que vivió –por su trabajo como diplomático– en Francia, España, Argentina, Suiza y Brasil. Esas casas fueron la Degollado y la Mirador, que don Alfonso describe con mucho detalle, y que es muy posible que estuvieran presentes en la memoria, allá en las lejanías, a la hora de edificar en la Ciudad de México su casa-biblioteca, conocida como la *Capilla Alfonsina*, proyectada en 1938 por el arquitecto Carlos Rousseau. Un comentario marginal le desnuda el alma: “Arrojado de mi primer centro, me sentí extraño en todas partes. Lloro la ausencia de mi casa infantil

2. Alfonso Reyes, “Primer capítulo de mis recuerdos” (1954), en *Obras completas*, t. XXIV, *Parentalia*, FCE, México, 1990, pp. 353-480.

Figura 1
Pita Amor, 1988.
Foto: Eugenia de Olazabal. Fuente: Adolfo Castañón (textos) y Pablo Ortiz Monasterio (ed.), *Retratos de mexicanos 1839-1989*, colección Río de Luz, Fondo de Cultura Económica, México, 1991, p. 80.

Figura 2
Alfonso Reyes.
Fuente: *Alfonso Reyes, Homenaje Nacional*, INBA-Cultura SEP, México, 1981, p. 78.



Figura 3
La plaza de México antes de la Independencia, 1797.
 Dibujante: Rafael Jimeno y Planes.
 Grabador: José Joaquín Fabregat.
 Fuente: Sonia Lombardo, "La Independencia en la Plaza Mayor", en revista *Arqueología mexicana*, vol. XIX, núm. 116, México, julio-agosto de 2012, p. 66.

con un sentimiento de peregrinación, con un cansancio de jornada sin término". No se puede evitar evocar aquí, hablando de "querencia", al menos un fragmento de su poema *Sol de Monterey*:

*Los corredores tendían
 arcos de luz por la casa.
 En los árboles ardían
 las ascuas de las naranjas,
 y la huerta en lumbre viva
 se doraba.
 Los pavos reales eran parientes del sol.
 La garza empezaba a llamear
 a cada paso que daba.
 Y a mí el sol me desvestía,
 para pegarse conmigo,
 despeinado y dulce,
 claro y amarillo:
 ese sol con sueño
 que sigue a los niños.*

Sucede a todas las escalas. La casa, pero también la calle, el barrio, el pueblo, el país. Octavio Paz nació en lo que entonces era el pueblo independiente de Mixcoac, hoy chupado por la mancha informe de la Ciudad de México, asentada en el inmenso valle que, como el mismo Paz retrata: *Hoy es tan*

grande que nadie sabe dónde comienza y dónde acaba. Escribió unas breves memorias de su niñez que llamó *Mi casa, mi gente, mi tierra*. Explica: *Dejé el jardín, la casa, el país. Muchos años después, volví. No reconocí lo que había dejado ni mis paisanos me reconocieron.* Y escribe –sobre el papel impalpable de la memoria– un epitafio:

Epitafio sobre ninguna piedra

Mixcoac fue mi pueblo: tres sílabas nocturnas,
 un antifaz de sombra sobre un rostro solar.
 Vino Nuestra Señora, la Tolvanera Madre.
 Vino y se lo comió. Yo andaba por el mundo.
 Mi casa fueron mis palabras, mi tumba el aire.

Los antiguos griegos situaban el ombligo del mundo en Delfos. Los romanos consideraban su capitolio como *caput mundi*. Para el Islam, la Kaaba todavía es el centro del mundo.

A propósito de centros, no podemos dejar de mencionar aquí, en relación con la ciudad, el caso del actual Zócalo de la Ciudad de México. A lo largo de siglos, y a través de dos culturas tan distintas como la mexica y la española, se ha cargado de tan intenso significado que se identifica como ombligo de la nación completa. El plano que mandó hacer Hernán Cortés y que envió al rey Carlos V junto con su segunda *Carta de Relación*, documentos que se publicaron en Nuremberg en 1524, muestra ya con toda claridad un gran

espacio abierto al sur del gran recinto ceremonial o plaza mayor de Tenochtitlan. Tras la violenta y traicionera conquista, que culminó con la rendición de Tenochtitlan en 1521, luego de tres años de asedio, comenzó a construirse el nuevo centro político. El país ha sufrido toda suerte de transformaciones y la gran plaza sigue siendo considerada como el gran patio colectivo de la nación mexicana (Figura 2).

En resumen, la relación de apropiación del espacio supone una historia tan vieja como la humanidad. Prácticamente se funde la percepción del propio cuerpo con la morada que lo alberga, y con la memoria de vivencias previas, también espaciales. Para ilustrarlo, termino este apartado con un fragmento de *En busca de tiempo perdido*, de Marcel Proust, quien, como sabemos, dedicó su vida a elaborar una obra que es prácticamente autobiográfica:

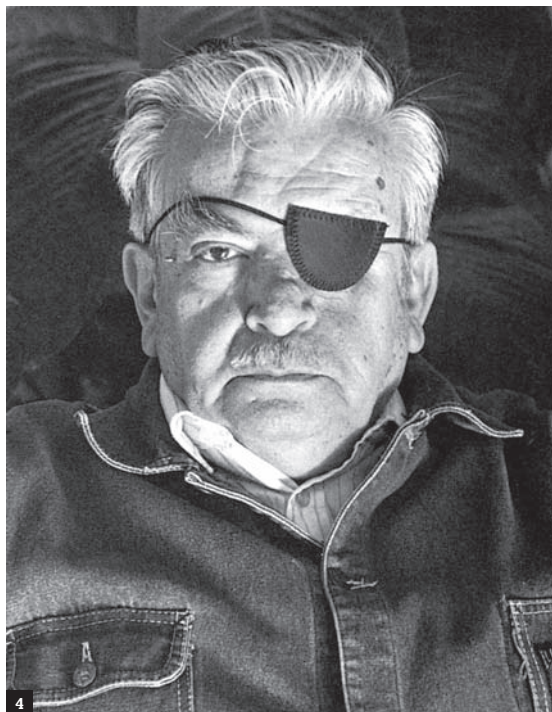
Mi cuerpo, demasiado torpe para moverse, intentaba, según fuera la norma de su cansancio, determinar la posición de la pared y el sitio de cada mueble, para reconstruir y dar nombre a la morada que le abrigaba. Su memoria, memoria de los costados, de las rodillas, de los hombros, le ofrecía sucesivamente las imágenes de las varias alcobas en que durmiera, mientras que, alrededor suyo, las paredes invisibles, cambiando de sitio según la forma de la habitación imaginada, giraban en las tinieblas. Y antes de que mi pensamiento, que vacilaba en el umbral de los tiempos y de las formas, hubiese identificado, enlazando las diversas circunstancias que se le ofrecían, el lugar de que se trataba, el otro, mi cuerpo, se iba acordando para cada sitio de cómo era la cama, de dónde estaban las puertas, de a dónde daban las ventanas, de si había un pasillo, y, además, de los pensamientos que al dormirse allí me preocupaban y que al despertarme volvía a encontrar.

LA ÓPTICA

La auténtica arquitectura es siempre acerca de la vida.

La experiencia existencial del hombre es la primera cuestión acerca del arte de construir.

Juhani Pallasmaa, *Encounters*.



El gran historiador mexicano Luis González y González, a quien se considera el padre de la microhistoria en nuestro país, dio a conocer esta manera de leer la realidad a partir de una monografía que escribió sobre su propio pueblo: San José de Gracia, en la parte noroccidental del estado de Michoacán. El libro se llama *Pueblo en vilo*. Ahí don Luis explica, de manera sencilla, la óptica que conlleva esta mirada cercana de relacionarnos con el espacio habitado:

Me gustan las nimiedades, me regocijan los pormenores despreciados por los grandes espíritus, tengo la costumbre de complacerme en pequeñeces invisibles para los dotados con alas y ojos de águila.

Y acto seguido, en el mismo prólogo, aplica tal enfoque al describir el emplazamiento desde donde escribe, que es, ni más ni menos, la misma casa familiar en San José de Gracia, donde nació y creció como hijo único. Escuchemos:

El centro de operaciones fue una casa grande y vieja del pueblo. Se entra a la casa por un corredor breve y ancho que desemboca a los corredores del adentro, al ecuaro y al corral. En el primer tercio del caserón se levanta el brocal de un pozo. A un lado hay una fuente de azulejos. La planta más frondosa de la parte habitada por hombres era una granada de china. A su sombra habían muerto muchos rosales, begonias y belenes. Sobrevivían en las macetas

Figura 4

Luis González.
Fuente: Luis González y González, *Pueblo en vilo: microhistoria de San José de Gracia*, El Colegio de Michoacán, México, 1995, p. 12.

Figura 5
Armida de la Vara.
Fuente: Armida de la Vara, *De lo cotidiano*, El Colegio de Michoacán-*Guía Semanario Regional Independiente*, México, 1997, p. 25.

de los corredores los helechos y otras verduras. Sobre tres lados del rectángulo del jardín del patio principal de la casa se inclinan las vertientes de los corredores. Los pisos son de mosaicos. Al corredor dan las puertas de las alcobas, la sala y el comedor. Las piezas son espaciosas. A espaldas del cuerpo principal de la finca estuvo el patio vegetal donde hubo un par de representantes de cada una de las especies siguientes: duraznero, aguacate, níspero, limonero, piñón, chabacano, maguey, nopal, higuera, granado y palma. La tercera porción de la casa, el corral, era troje y domicilio de los animales domésticos: dos caballos, dos vacas y sus becerras, media docena de marranos y una docena de gallinas.

Tengo para mí que la apropiación del espacio comienza por las palabras. Y esta descripción de la casa “Josefina” es un buen ejemplo de ello. Armida de la Vara, esposa del mismo don Luis, ofrece una lectura distinta, también con palabras, de la casa. Todavía la ocupaban los abuelos, que la habían edificado, y la familia González-De la Vara, entonces viviendo en México, sólo iban a San José de vacaciones. El testimonio tiene que ver con esas vivencias que ocurrían esporádicamente:

Y Ahora, ¿Qué? / Armida de la Vara

Siempre recuerdo a mi suegra, dentro de su ámbito de comodidad pueblerina, contando y acomodando sábanas, manteles y toallas, envolviendo en papel de China o en suaves franelas cada cubierto, para impedir el roce de las piezas, quitando el polvo con un plumero, arrancando las hojas secas de las macetas, tejiendo carpetas, aderezando carnes, volteando moldes de ates al sol, cociendo sus tecitos de hojas y flores, de semillas y “tecatas” para las toses, las heridas y raspones de los nietos, o contra los parásitos intestinales, el insomnio o los “nervios”. Todo lo hacía parsimoniosamente, dentro de un ambiente de paz, de cierta rutina sólo rota cuando invadíamos la casa, durante las vacaciones largas.

Sucedía entonces que ella, con sus delantales crujientes de almidón, se desplazaba más aprisa, preocupada porque todo estuviera a tiempo: la mesa puesta, las camas con sus sábanas deshiladas, los cubiertos de los niños recién resregados con ceniza, brillantes y en su lugar. Era una fiesta,



y si los abuelos se cansaban más de lo ordinario nunca se quejaban, al contrario, decían que qué bueno que nosotros y los nietos estuviéramos con ellos.

Había veces que nos quedábamos después de la cena, haciendo recuerdos. Don Luis nos contaba de su vida de estudiante en el seminario; doña Josefina de su estancia en Zamora con las teresianas, en donde contemplaba, un tanto azorada, las travesuras y el desenfado de Loreto Orozco, su compañera y amiga. Pero a veces nos contaba cómo, en tiempos de la revolución, tuvieron que salir huyendo, abandonando todo ese orden y concierto hogareño, atentos a salvar la vida. Entonces me preguntaba qué sería eso de desprenderse de todo, “salir con lo puesto” y dejar la casa como botín para las hordas revolucionarias.

Nos damos cuenta, a través de las palabras de Armida, cómo se conjugan simultáneamente los objetos y las personas para producir, como resultado, una atmósfera peculiar que se nutre de esa apropiación del lugar que ocurre cotidianamente, que no de una vez y para siempre. Cuando hablo de atmósfera me refiero a una disposición de ánimo, una sensación de las

personas en perfecta concordancia con el espacio construido. Hay también una belleza interior, un corazón de las cosas. De entenderlo, de percibirlo, depende que ocurra lo que Peter Zumthor llama “la magia de lo real”.³ Algo que tiene que ver con las cosas de alrededor: “Cada vez que entro en los edificios, en espacios donde vive gente... me siento impresionado por las cosas que la gente tiene consigo en su entorno doméstico y laboral. Y a veces –no sé si os ha pasado– constato que las cosas coexisten de un modo cariñoso y cuidadoso, y que quedan bien allí”.⁴

COSMOGONÍAS

*En el transcurso de decenios y de siglos
estas viviendas antiguas, repletas de objetos
heredados, han ido adaptándose a los seres humanos
y a su naturaleza cual vestidos que, tras haber
sido llevados por mucho tiempo, se ajustan
al cuerpo en cada uno de sus pliegues.*

*Son conchas en el sentido de
la zoología superior.*

Ernst Jünger

La cosmogonía, en su sentido general, pretende establecer una realidad, ayudando a construir activamente la percepción del universo (espacio) y del origen de dioses, la humanidad y elementos naturales. A su vez, permite apreciar la necesidad del ser humano de concebir un orden físico y metafísico que permita conjurar el caos y la incertidumbre. La casa, espacio habitado por excelencia, se vuelve prácticamente un arquetipo. Tiene connotaciones intensas desde su fundación. Por ejemplo, para el pueblo *dogón*,⁵ todos los elementos de una cultura, desde un cesto hasta un poblado, se presentan con una coherencia extraordinaria. El trazado de la planta

3. Peter Zumthor, *Atmósferas*, Gustavo Gili, Barcelona, 2006, p. 19.

4. *Ibid.*, p. 35.

5. Los *dogón* son un pueblo de Malí (África Occidental); su población está estimada en 500 000 personas; ocupan la región que abarca desde los Precipicios de Bandiagara al sudoeste de la curva del río Níger. Algunos *dogón* viven en el norte de Burkina Faso.



6

de una casa sobre el terreno requiere de un complejo ritual. Ogotemmelí, el viejo sabio de los *dogón*, llama a este acto la huella de la casa que comienza. También es la bóveda del universo que desciende del cielo para reorganizar la creación.

Entre los *p'urhépecha* del actual estado de Michoacán, la casa tradicional consta de dos cuerpos de madera independientes: la *trox* cocina y la *trox* granero, articuladas ambas por un patio. La cocina es el elemento femenino, y el granero el masculino. Ambas, en su relación, significan la sombra que arropa, protege, defiende y abriga a la familia. Pero el caso de la *trox* cocina es especialmente conmovedor: sucede que cuando la madre de la familia pare un hijo, el alumbramiento ocurre en el granero. Cuando la partera se cerciora del buen estado de la madre y del hijo, corta el cordón umbilical. Placenta, cordón y amnios son envueltos en trapos. La partera sale con su envoltorio del *trox* granero y se dirige a la *trox* cocina para prepararlos, para sembrarlos. Se colocan bajo el fogón, debajo de la tierra. De esta manera, independientemente de la olla, el fogón de la cocina proporcionará calor indefinidamente mientras viva ahí una familia. Adicionalmente, en el sentido de su concepción, la cocina es redonda, como la luna cuando es llena (Figura 3).⁶

Figura 6

Troje michoacana.

Fuente: [http://4.](http://4.bp.blogspot.com/-r44_MtHWOb8/UJSpejFhdhI/AAAAAAAAA-0/XLahEeOJ1PY/s1600/TROJE+CECILIO+sepia.jpg)

[bp.blogspot.com/-r44_MtHWOb8/UJSpejFhdhI/AAAAAAAAA-0/XLahEeOJ1PY/s1600/TROJE+CECILIO+sepia.jpg](http://4.bp.blogspot.com/-r44_MtHWOb8/UJSpejFhdhI/AAAAAAAAA-0/XLahEeOJ1PY/s1600/TROJE+CECILIO+sepia.jpg)

6. Patricia Padilla, *La vivienda tradicional en la sierra p'urhépecha*, Tesis doctoral en Estudio de las Tradiciones, El Colegio de Michoacán, Zamora, 2011, pp. 215-218.

PROSPECCIÓN

*Una obra de arquitectura no se experimenta
como una serie de imágenes retinianas aisladas;
se toca y se vive en su material completo
e integrado, en su esencia
corporal y espiritual.*
Juhani Pallasmaa, *La mano que piensa*.

Don Nazario Chacón Pineda le pidió a su amigo, el arquitecto oaxaqueño Lorenzo, *Lencho*, Carrasco, que le proyectara su casa, la petición la hizo en forma de poema. No he conocido caso semejante. En una de sus estrofas, Nazario escribe:

*Lorenzo, recoge en la corriente despeñada
de un río el alud que corre incesante
en las sombras de un tierno laberinto,
y sobre la tiniebla de lo no construido, levanta
con las piedras ancestrales del asombro,
una morada para un habitante herido.*

*Yo sé muy bien que de no medir,
mide sobre la tierra,
la superficie mágica del cielo,
igual que en la flor del agua y la leyenda
el sagrado rostro de la mitología.*

La casa, efectivamente se hizo. Colonia petrolera de la Ciudad de México, 1962. Encarnó el poema. Se materializó el sueño. A veces, como en este caso, sucede una correlación así de directa entre las palabras y el espacio habitado. No siempre es así. Pero, seamos conscientes o no de ello, lo que sí ocurre en todos los casos es que no vivimos solamente en un mundo material. Habitamos mundos mentales en donde lo experimentado, lo recordado, lo soñado, de igual manera que el pasado, el presente y el futuro se funden continuamente. La capacidad del cerebro para trascender la actualidad del tiempo crea la imaginación. Transformamos el tiempo y el espacio a través de la imaginación y de nuestros sueños, que es la forma específica de ser humanos: generamos, de esta manera, el mundo de las posibilidades y de los significados. La arquitectura tiende a ser intemporal. Los

nómadas reconstruyen su mundo cada noche, cuando se asienta la caravana. En el Japón, en el lado este del Kii, cerca de los bosques de Kumano, se encuentra *Ise Jingu*, conocido popularmente como El Magnífico Templo de Ise. El templo, situado en un bosque sagrado, se reconstruye cada 20 años, considerando que la permanencia reside en la forma, en lo inmaterial, y no en los materiales. La Ceremonia del Renacimiento, *Shikinen Sengu*, se ha conducido cada 20 años por 1300 años. Durante el ritual, todas las vestiduras –tesoros, herramientas y accesorios hechos en madera de árboles sagrados– se transfieren al templo nuevo de acuerdo con una de las costumbres más antiguas en el Japón. En la ceremonia que ocurre cada 20 años se reconstruye el lugar sagrado de madera. El ritual comienza en las maderas sagradas, con el corte de los árboles que se utilizarán como madera de construcción para el templo nuevo.

Nos aferramos a la permanencia. Aunque la razón nos diga que nada permanece, y la realidad lo verifique. Nostalgia. De nuevo, cuando después de unos años en Zamora –mientras se fundaba *El Colegio de Michoacán*–,⁷ la familia González-De la Vara decide volver a la casona de San José de Gracia, en la que habían muerto los abuelos; Armida escribe un texto que se llama *Es la nostalgia*:

Sé que voy a extrañar todo esto. Lo noto cada hora, cuando es tiempo de empacar cosas. Luis, ilusionado con la biblioteca que estrenará pronto en San José de Gracia, llena de cajas y cajas de libros. Ya hay en la casa grande que fue de sus padres más de sesenta cartones repletos y todavía aquí, en Zamora, se ven los libreros casi llenos. No quiero imaginar lo que será el traslado de los veinte mil volúmenes que hay en México [...]. Extrañaré a los vecinos, a los niños que crecieron tan rápidamente que ya son unos adolescentes ruidosos y sanos, estrenando noviazgos efímeros pero

7. Gracias principalmente al genio creativo y a los empeños de Luis González y González se cristalizó la idea, el 15 de enero de 1979, de fundar el Colegio de Michoacán, consagrado a las ciencias sociales y a las humanidades. El Colegio se funda en Zamora, ciudad media del noroeste de Michoacán, México, respondiendo así a la necesidad de crear focos de desarrollo académico en provincia.

apasionados; extrañaré a las amigas; a El Colegio de Michoacán... si esto no es nostalgia anticipada, no sé cómo llamarla.⁸

Ya antes, mucho antes, lo había percibido Francisco de Quevedo.

Enseña cómo todas las cosas avisan de la muerte

*Miré los muros de la Patria mía,
Si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
De la carrera de la edad cansados,
Por quien caduca ya su valentía.
Salíme al Campo, vi que el Sol bebía
Los arroyos del hielo desatados,
Y del Monte queijosos los ganados,
Que con sombras hurtó su luz al día.
Entré en mi Casa; vi que, amancillada,
De anciana habitación era despojos;
Mi báculo más corvo y menos fuerte.
Vencida de la edad sentí mi espada,
Y no hallé cosa en que poner los ojos
Que no fuese recuerdo de la muerte.*

Resumiendo, somos parte de un todo, pero no sólo en el sentido espiritual, como en el taoísmo, también en el material. La casa es, también, los objetos que contiene. El fotógrafo minimalista y conceptualista Sol LeWitt,⁹ que residió por muchos años en Manhattan, realizó una serie de fotografías que me sirven para ilustrar lo que digo: se titula *Autobiografía*. LeWitt desarrolla, en 1 100 imágenes, un registro detallado de cada uno de los objetos de su casa neoyorkina, poco antes de iniciar un viaje a Italia. La premisa consistió en el supuesto de que cada uno de los objetos con los que se vive, y el conjunto de todos ellos, dice a los otros cómo lees, comes, duermes, trabajas, te bañas, defecas, etcétera. Lo que eres. El conjunto es un conmovedor repaso a su intimidad: sus



7



8



9

Figuras 7, 8 y 9
Páginas del libro sobre la exposición *Autobiografía*, de Sol LeWitt. Fuente: <http://www.aqnb.com/wp-content/>

[uploads/2012/05/Autobiography-1980-by-Sol-LeWitt-%C2%A9-Adagp-Paris-2012-Photo-via-Louis-Vuitton-Press.jpg](http://www.aqnb.com/wp-content/uploads/2012/05/Autobiography-1980-by-Sol-LeWitt-%C2%A9-Adagp-Paris-2012-Photo-via-Louis-Vuitton-Press.jpg)

8. Zamora, Mich., 10 de febrero de 1987, día de san Silvano.
9. Sol LeWitt (9 de septiembre de 1928, Hartford, Connecticut, 8 de abril de 2007, Nueva York).

Figuras 10 y 11
 Páginas del libro
 sobre la exposición
Autobiografía, de Sol
 LeWitt. Fuente: http://farm4.staticflickr.com/3288/2944749370_bba3fb9fd0_b.jpg.



10



11

cacharros de cocina, libros, relojes, zapatos, ropa, discos, rincones polvorientos, fotografías familiares, grabados japoneses, la cebolla de la regadera... todo su mundo.¹⁰ De tamaño reducido y sin "calidades" ni jerarquías, componen un singular retrato de una persona que ni ha posado una sola vez ni aparece en ninguna de ellas, pero del que conocemos, además de la suma de objetos banales habituales en los hogares, su biblioteca, los vinos que consume, la música que oye e, incluso, algunas de las fotografías eróticas que ruedan por la casa.

10. Víctor Manuel Ortiz, *Zamora, un lugar: un tiempo en el espacio (1945-1965)*, Tesis doctoral, UNAM, México, 2003.

En conclusión, un espacio no habitado, por hermoso que sea, no es más que un simple huacal. Se convierte en lugar al ser habitado. El límite físico, configurado de cierta manera de acuerdo a la cultura a la que pertenece, se tiene que poblar con la presencia: se puebla con la reflexión y la acción de los hombres. Huellas en el espacio. Encarna el reloj. Se produce el sentido. Sucede en un territorio completo, o en una pequeña celda. Claudio Magris, en el libro *El Danubio*, construye el relato:

de un viaje sentimental a la manera de Stern, en el que narra el trayecto por el viejo río desde sus fuentes alemanas en la Selva Negra hasta su delta en el Mar Negro, del negro al negro, mientras recorre, en ese territorio que es el suyo, la propia vida y las estaciones de una cultura contemporánea, sus certezas, sus esperanzas y sus inquietudes.¹¹

En el libro, que es también un recorrido por los tiempos del río, aparece un personaje, Décimo Magno Ausonio, maestro de retórica y pedagogo del pequeño Graziano, hijo del emperador Valentiniano I. Es el año 368; las legiones romanas derrotan a los suavos. A Ausonio le toca, como botín de guerra, una mujer, que le asignan como esclava, sin embargo se enamora de ella. Le devuelve su dignidad de mujer libre. A sus 54 años se enamora de la jovencita, a la que nombra Bissula y como buen retórico, en cartas a su amigo Paulo, reflexiona sobre por qué habrán sido necesarias tantas largas marchas más allá de los Alpes, una guerra y el arte militar romano sólo para que él pudiera ser feliz con una mujer.¹²

Y a una escala doméstica mucho más pequeña (Cuba, siglo xx), y con ello termino, transcribo, para reforzar lo que quiero decir sobre el espacio siendo usado, un poema de Eliseo Diego, *Arqueologías*, que dice:

*Dirán entonces: aquí estuvo
 la sala, y más allá,
 donde encontramos los fragmentos
 de levisimo barro, el sitio
 del calor y de la dicha.*

11. Miguel García Posada, texto de contraportada, en Claudio Magris, *El Danubio*, Compactos Anagrama, Barcelona, 2004.

12. *Ibid.*, p. 38.

Luego
vendrá una pausa, mientras
el viento alisa los hierbajos
inconsolables;
pero ni un soplo habrá que les evoque
la risa, las buenas tardes, el adiós...

Al final trato de probar mi convencimiento, cada vez mayor, de que tanto en la academia, como en la práctica de la arquitectura, urge reaprender a involucrar al escenario con los actores. Visión fenomenológica, que no existencial. Reflexión activa sobre la diversidad cultural del país y del mundo. Vuelta a la percepción intensa, con los ojos de la piel y con todo lo que sea necesario. Recuperar al niño escondido, al distraído, descrito por Juan Ramón Jiménez, al que se lleva de la mano por la fiesta del mundo. Incluyendo la recuperación de la nostalgia, y de la memoria. Raquel Serur, en su texto *Un roble*, habla de Bolívar Echeverría y de su relación, intensa e imposible al mismo tiempo, con su Quito: "Tal es el trabajo de la nostalgia, que termina por sacrificar su objeto en beneficio del objeto añorado".¹³

BIBLIOGRAFÍA

ÁBALOS, Iñaki, *La buena vida. Visita guiada a las casas de la modernidad*, Gustavo Gili, Barcelona, 2001.

AMOR, Guadalupe, *Yo soy mi casa*, Letras mexicanas, 35, Fondo de Cultura Económica, México, 1957.

CASTAÑÓN, Adolfo (textos) y Pablo Ortiz Monasterio (edición), *Retratos de mexicanos 1839-1989*, colección Río de Luz, Fondo de Cultura Económica, México, 1991

CHACÓN PINEDA, Nazario, *Para construir una morada*, poema, México, 1962.

DE LA VARA, Armida, *De lo cotidiano*, El Colegio de Michoacán/*Guía*, Semanario Regional Independiente, México, 1997.

DE SOLÀ-MORALES, Ignasi, *Diferencias. Topografía de la arquitectura contemporánea*, Gustavo Gili, Barcelona, 1996.

GILLY, Adolfo, "Polifonía para un maestro", en *La Jornada*, México, viernes 16 de noviembre del 2012.

GONZÁLEZ, Luis, *Pueblo en vilo: microhistoria de San José de Gracia*, El Colegio de Michoacán, México, 1995.

HOLLIS, Edward, *La vida secreta de los edificios. Del Partenón a Las Vegas en trece historias*, El Ojo del Tiempo Siruela, Madrid, 2012.

JÜNGER, Ernst, *Radiaciones II. Diarios de la Segunda Guerra Mundial (1943-1948)*, Tusquets, Barcelona, 2005.

ORTIZ, Víctor Manuel, *La casa, una aproximación*, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México, 2009.

ORTIZ, Víctor Manuel, *Zamora, un lugar: un tiempo en el espacio (1945-1965)*, Tesis doctoral, UNAM, México, 2003.

MAGRIS, Claudio, *Microcosmos*, Compactos Anagrama, Barcelona, 1997.

MAGRIS, Claudio, *El Danubio*, Compactos Anagrama, Barcelona, 2004.

MATOS MOCTEZUMA, Eduardo, "La Plaza Mayor o Zócalo en tiempos de Tenochtitlan", en *Arqueología Mexicana*, vol. XIX, núm. 116, México, julio-agosto de 2012.

PADILLA VALDÉS, Patricia, *La vivienda tradicional en la sierra p'urhépecha*, Tesis doctoral en Estudio de las Tradiciones, El Colegio de Michoacán, Zamora, 2011.

PALLASMAA, Juhani, *Encounters*, Peter MacKeith (ed.), Helsinki, 2005.

PONIATOWSKA, Elena, "Pita Amor", en *La Jornada*, México, domingo 8 de julio de 2012.

REYES, Alfonso, "Primer capítulo de mis recuerdos" (1954), en *Obras completas*, t. XXIV, Parentalia, FCE, México, 1990.

REYES, Alfonso, *Homenaje nacional*, INBA-Cultura SEP, México, 1981.

SHARR, Adam, *La cabaña de Heidegger. Un espacio para pensar*, Gustavo Gili, Barcelona, 2008.

TIBOL, Raquel, *Una capilla a colores. Alfonso Reyes y las artes visuales*, UANL, Monterrey, 2009.

ZUMTHOR, Peter, *Atmósferas*, Gustavo Gili, Barcelona, 2006.

13. Citado por Adolfo Gilly, "Polifonía para un maestro", en *La Jornada*, México, viernes 16 de noviembre de 2012.